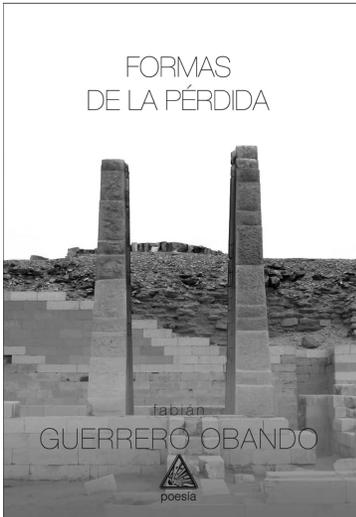


Formas de la pérdida



La hermosa y descarnada poesía de Fabián Guerrero Obando siempre ha indagado en el ser. En el ser del objeto poético y en el ser como entidad humana: trabajando vitalmente el lenguaje, el ser de la poesía, y trabajando en un acercamiento a lo humano, cada vez más profundo y, por profundo, doloroso y deslumbrante, no sin asumir ese lenguaje, como

en la pintura matérica, como el ser mismo de ese “humano”. Puesto que la poesía nos da el conocimiento de los misterios del hombre, mediante la clarividencia del lenguaje. Y porque las palabras de la verdad y la belleza son la verdad y la belleza.

E. Levinas dice “el lenguaje es la morada del ser”, tanto más enton-

ces es la morada y el ser mismo de los objetos lingüísticos como la poesía. En el presente libro, los poemas han adquirido una brevedad que no viene de ahora y que es connatural a los enunciados poéticos. Una brevedad que no es una limitación ni mucho menos; puesto que el lenguaje de Guerrero Obando, como en poquísimas poesías, está concebido como una carga de ambigüedad todopoderosa que dispara el poema cuando él dura y, más aún, cuando concluye. Como la seducción de la mujer que es la belleza que comienza cuando la belleza termina. Una ambigüedad que piensa por nosotros, que siente, que adivina los mil sentidos de la existencia...

La temática universal de Formas de la pérdida es el despojamiento del hombre, como lo sugiere, de entrada, el título del volumen, una bella edición de La Caída Editorial. El despojamiento del hombre por culpa del tiempo o del destino, que son la misma cosa. Puesto que, como dice el mismo Levinas, “vivimos el tiempo” y, según Borges, “somos ese tiempo”. Un tiempo que no es él sino devasta a los hombres.

“¿El corazón?/ es una barraca negra varias veces/ un crematorio que hace su trabajo/ entre la ceniza que ensombrece sus orillas// No como un mecanismo/ sino como algo a punto de explotar”. El corazón humano es una granada de mano cuya argolla de seguridad ha sido retirada. Siempre ha tenido ese destino. Más aún, el corazón es el destino.

Siempre estamos perdiendo algo. “Anoche soñé que había perdido algo en uno de esos/ lugares/ Y aunque no sabía qué/ seguía un rastro y se borraba/ Antes y después de eso que buscaba/ o que había perdido”. La noche es la culpable. La noche que puede llevarnos al amor, también puede llevarnos a la pesadilla de Gregorio Samsa. Al otro hombre que no sabemos que somos, a lo desconocido de nosotros mismos, pero que nos pertenece para siempre..

A veces o casi siempre la poesía de Guerrero está concebida como una toma de cuentas al destino humano; aunque desconozcamos cuál es ese destino. ¿Una lucha contra nosotros mismos o con lo desconocido o con el vacío? “Siempre debatiéndonos contra algo/ o amontonando días como

cosas”// O peor aún un enfrentamiento con el miedo: “Con el temor al fondo/ por el ataque continuo de esa tos”, que bien pudiera aludir a la vida pendiendo de un hilo como ahora está o como ha estado siempre. “A lo que se fermenta por dentro/ que no acaba nunca”.

Alude a los silencios del hombre, silencios hechos con las palabras que se temen. Con las vidas que se pierden, con las voces que se apagan. “En forma de derrumbe... en mitad de la noche”.

“Un cuerpo/ de minucioso ayer empieza a caer/ ahora”. Leída esta poesía en el contexto de la calamidad actual, está hablando de un cuerpo que es un millón de cuerpos que caen. Aunque, fuera de todo contexto, esta poesía simplemente es solidaria con la historia humana: un goterón inacabable de cuerpos cayendo, uno tras otro. Dentro de una cadena de pérdidas ineludibles, Guerrero Obando dice: “Perder es no olvidar nada” ¿Es un consuelo ante tanta pérdida? Neruda dice: “Es tan corto el amor y es tan largo el olvido”. Sin embargo, solo una vez ocurrida la pérdida sobreviene la lucidez de la

pérdida; es decir el recuerdo, no el olvido. Porque “solo una cosa no hay: es el olvido”, según Borges. La poesía misma es “no olvidar nada”.

En más de una vez, el poeta se refiere a “la herida”: “como tinta impura dentro de la sangre/ gotea este angosto canal de carne/ Sin separarse de la herida...”// “La lluvia se desata y se detiene brusca-mente/ Reposo contra el piso/ húmedo como una herida abierta” “Es la herida de las aguas/ que se vuelven todo”. Se refiere asimismo a “los cuchillos”. “Apenas dos torpes cuchillos/ junto a un mueble negro”// “Pero ya no es más que un cuchillo inofensivo/ que no duerme”. Podría entenderse la vida como una herida, una herida que nosotros mismos nos causamos o que viene con nosotros. Gonzalo Rojas dice “todo es herida”. Platón dice: “el cuerpo no cesa nunca de perecer”. Por supuesto, la vida como una herida necesaria y sin duda hermosa y amada; porque si no lo fuera, no la sentiríamos. Seríamos piedras que caminan. Podríamos decir, parodiando a Pedro Salinas, que la vida es una herida que no termina.

Él dice “el amor es un largo adiós que no termina”. La belleza también es una herida. Una chica muy bella pasando por la calle, sin dejar nunca de pasar, hiriendo todos los ojos que encuentra.

Esta poesía es, obvio, la historia del corazón humano. La historia de Caín matando a Abel sin descansar nunca. “Únicamente esa mano/ como cuchillo de carnicero”. // “Roca o corazón dentro del pecho/ aplastándolo todo/ con la misma recurrencia” // “El pecho alberga un corazón/ el corazón una cuerda/ y la cuerda un secreto” // Corazón “Que no es otra cosa que el rencor mismo”// “O es la ansiedad desde siempre”. Acaso “la angustia como inminencia de la nada” de Husserl.

Sin mencionar pérdida alguna, al hablar del corazón humano erizado de púas, el poeta lo está haciendo. El corazón del hombre ha perdido su maravilla: el amor. Acaso Abel antes de Caín y después de él. La bondad, que nos elige a nosotros antes que nosotros a ella, según E. Levinas. La solidaridad que da al otro lo que el yo necesita para vivir. El otro que es el

mismo yo. La hermosa concepción del otro de John Donne, cuya belleza vale la pena recordar: “Nadie es una isla, completo en sí mismo; cada hombre es un pedazo del continente, una parte de la tierra; si el mar se lleva una porción de tierra, toda Europa queda disminuida, como si fuera un promontorio o la casa de uno de tus amigos o la tuya propia; la muerte de cualquier hombre me disminuye, porque estoy ligado a la humanidad; y, por consiguiente, nunca hagas preguntas por quién doblan las campanas: doblan por ti”. Un enunciado humanista por excelencia que, hoy mismo, actualiza una resonancia mil veces planetaria.

Formas de la pérdida con solitaria brillantez, con verdades de raíz filosófica, lastima, duele, cuestiona y, gracias a su ángel secreto, como si marcara nuestras frentes con una sangre de profecía: “Siempre nombramos lo que tenemos/ porque estamos seguros/ que estamos a punto de perderlo todo”. Borges dice: “la azarosa crónica de los Nilsen, perdida como todo se perderá”.

Acaso con nada inocentes alusiones bíblicas, dice “Allá, abajo,/ los días miran hacia atrás”. Pero, ya sabemos, los días no pasan solos. Por tanto, nosotros somos esos días que miran hacia atrás. Como la mujer de Lot, y, como ella, nos volvemos estatuas de sal. Somos una especie de muertos que “creíamos (...) en la resurrección de la carne”...“un melancólico enlace con el mundo”.

La poesía de Guerrero Obando, habla de los elementos (la tierra, el agua, el aire como viento..., a los cuales añade el tiempo como elemento filosófico y como afluente de este, la noche) como otro Empédocles; sin embargo, todos son el mismo. La vida, el hombre. “Es solo un ojo de agua/ que sueña/ en su dulce naufragio”.

Saltando muchos poemas, todos anatemáticos, llegamos al último: “Y así se cierra el cielo/ que se ofrecía para nosotros. / Pero no es lo peor,/ sino esta lenta tierra/ que nos baja por dentro”.

La pérdida final es la escalofriante ganancia de la tierra; no por escalofriante menos cierta. En suma, Formas de la pérdida es un seco y tembloroso recorrido por el destino humano, durante el cual el asombro y la verdad poética vienen de la “desolación procedente de la filosofía y del consuelo de la poesía”, como dice María Zambrano. Puesto que esta poesía, no quiere o no puede esconder su raíz filosófica. Filosofía no negada a la belleza; puesto que, según Platón, la “filosofía es la primera de las bellas artes”. Y su estremecedora belleza parece nacer de la palabra del viejo e inmisericorde profeta del Eclesiastés.

Termino esta muy personal y sin duda precaria lectura de este bello e intenso libro con el consuelo poético de que: “Secretamente se espera que vuelva/ lo que ya se ha perdido”. Con la certidumbre de que lo que siempre se espera, si se espera sin descanso y sin solución posible, volverá. O porque solo el que lo ha perdido todo, lo merece todo.

* Carlos Carrión. Escritor ecuatoriano. Estudio en la Universidad Complutense de Madrid y la Universidad Nacional de Loja.